

JOHN DARNIELLE

**LOBO
EN LA
CAMIONETA
BLANCA**

TRADUCCIÓN DE JAVIER CALVO

CONTRA

Wolf in White Van, una novela de John Darnielle

© 2014, John Darnielle

Publicado según acuerdo con Farrar, Straus and Giroux, LLC, Nueva York.

Dirección editorial: Didac Aparicio y Eduard Sancho

Traducción: Javier Calvo

Diseño: Emma Camacho, a partir de una idea de Timothy Goodman

Maquetación: Emma Camacho

Primera edición: Septiembre de 2015

© 2015, Contraediciones, S.L.

Psje. Fontanelles, 6, bajos 2ª

08017 Barcelona

contra@contraediciones.com

www.editorialcontra.com

© 2015, Javier Calvo, de la traducción

ISBN: 978-84-944033-2-3

Depósito Legal: DL B 19.754-2015

Impreso en España por Liberdúplex

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

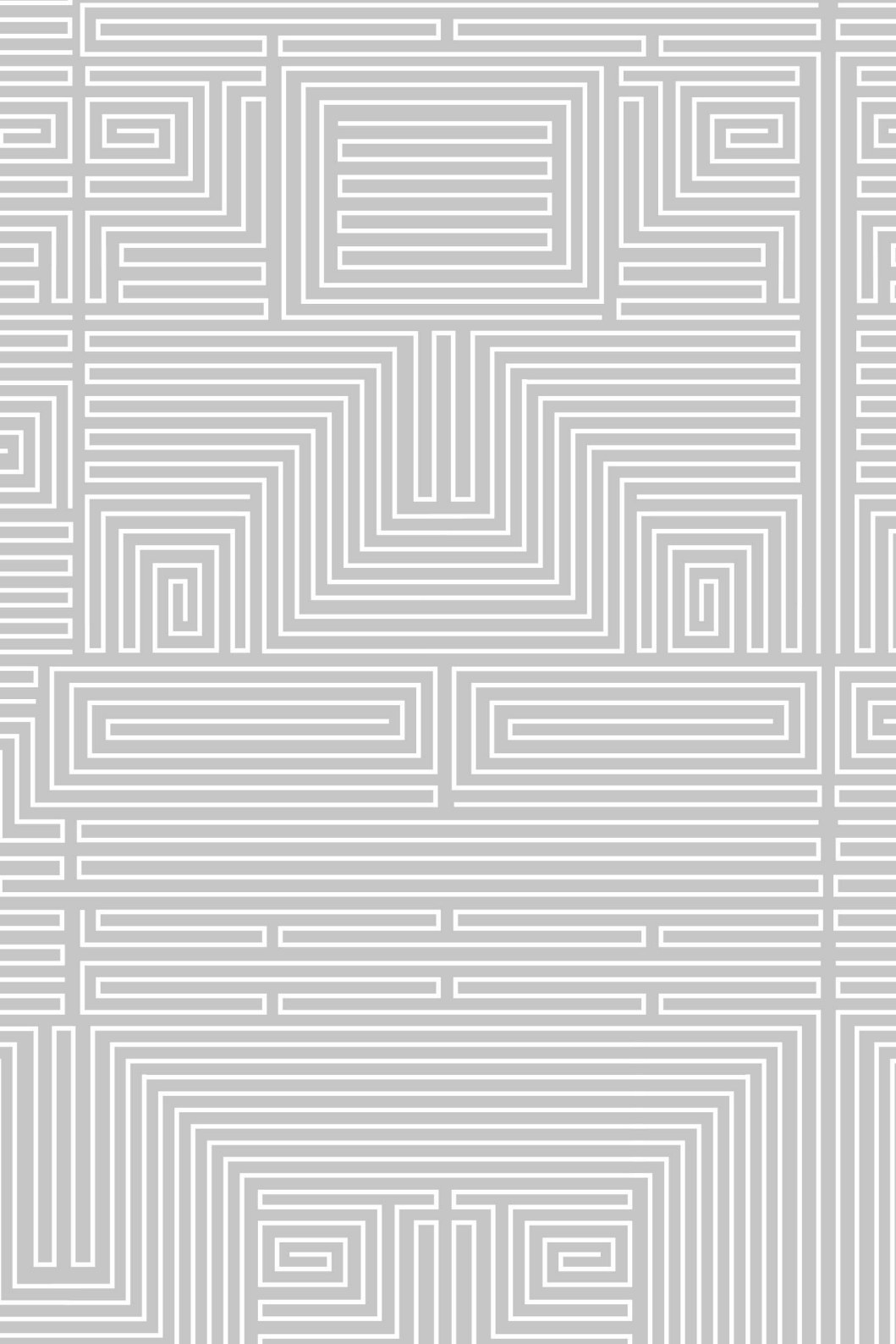


*A mis primeros maestros, Debbie Vancil, Terry Kneisler y
Rosemary Adam: los verdaderos guardianes de la Ciudadela*

—¿Y el tesoro? —intervine yo, ansioso.
Él se burló de sí mismo con una risotada:
—No había ni oro ni piedras preciosas, no había nada —y
vacilando, añadió:— nada que yo pudiera llevarme.

Robert E. Howard, «La cosa en el tejado»

UNO



1 Mi padre siempre me llevaba en brazos por el pasillo de mi habitación cuando yo volvía del hospital. Para entonces yo ya podía caminar si hacía falta, pero corría demasiado riesgo de caerme, o sea que él me llevaba en brazos como si fuera un niño pequeño. Ahora esa imagen ya es un recuerdo compuesto: se compone de todas las veces que sucedió y me viene a la cabeza en forma de bucle continuo. Estuvo llevándome en brazos a diario, durante mucho tiempo, desde el primer día y durante toda aquella temporada que pareció que duraba un siglo, y ahora la escena se me desdibuja en forma de innumerables escenas idénticas e intercambiables, superpuestas la una a la otra como transparencias. En la pared de la derecha, según vas a mi habitación, hay una pequeña estantería con un cuadro encima, una vista del Oeste: colinas, árboles y un lago. Un paisaje en azules y verdes, silencioso, a última hora de la tarde. Pero si miras con más atención, o bien si estás pasando por delante y giras la cabeza hacia la derecha en el momento justo, se ven varias figuras humanas, un grupo de ellas, sobre lo que de entrada parece un risco vacío. Es como una ilusión óptica, esa partida de caza apostada en la colina cercana, con sus sombreros curvados y oscuros bajo el crepúsculo anaranjado; si miras el paisaje vacío durante el tiempo suficiente,

salen de su escondrijo. Y durante mi trayecto siempre estaban ahí, cada vez que yo pasaba por allí medio dormido aparecían en el mismo lugar. Nunca perdían su capacidad de sorprenderme por el mero hecho de estar allí, con aquella voluta de humo que se elevaba entre sus tres miembros, con las pinceladas de sus rifles livianamente echados al hombro.

Junto a la estantería, encajada en la pared, hay una repisa a la altura del pecho con un teléfono de dial giratorio. A la izquierda, pasado el cuadro y al otro lado del pasillo, está el cuarto de baño, con la típica puerta abierta que si se la encontrara la cámara de una película de terror al recorrer la casa desencadenaría una ráfaga de música de sintetizadores. Durante mi larga estancia en casa después del hospital, me pasé horas y horas en aquel cuarto de baño, eternidades: en la bañera o frente al lavabo. O simplemente entrando y saliendo de allí. Pasó mucho tiempo hasta que pude estar cómodamente de pie bajo la pera de la ducha, y mis padres no me dejaban sentarme solo en la bañera, de forma que el cuarto de baño se convirtió en un espacio comunitario de intimidad forzosa. La piel reconstruida es muy sensible a la temperatura y a la humedad; el dolor te viene cuando menos te lo esperas. Me bañaban día sí y día no, y cada vez que yo entraba en la bañera, al principio me parecía que la cosa no estaba tan mal; al cabo de unos minutos, sin embargo, el calor me distendía un poco los colgajos recosidos de las mejillas y empezaba el cosquilleo, una alarma ondulante que descendía por cables confusos. Por lo general yo estaba demasiado agotado para poder experimentar miedo o pánico más que durante un momento, e intentaba soportar la sensación con serenidad, pero me tenía bien cogido y con fuerza, y yo no me podía soltar. Mis padres me miraban

con atención, intentando interceptar el dolor mientras se avecinaba, empezar a sacarme antes de que yo lo tuviera que pedir. Distintas clases de dolor para personas distintas. El umbral del baño sigue teniendo un resplandor amenazante en mi recuerdo.

Más adelante, dos puertas más: la mía, todo recto, y la de mis padres a la derecha. La habitación de mis padres es un planeta sin catalogar, una presencia en el cielo nocturno desconocida para los científicos pero temida por sus creyentes secretos, que intercambian rumores sobre sus misterios. Una vez yo me planté ante aquella puerta pero no entré: hasta ahí cuenta la leyenda, nada más; y sin embargo, mi viaje por el pasillo aquella noche, por el mismo arroyo por el que mi padre me lleva en brazos ahora en mi recuerdo circular, apunta a recovecos en la historia que siguen a oscuras y a los que la luz no llegará nunca. ¿Y si hubiera entrado? Pero no entré. Me quedé allí un momento y me marché. ¿Qué habría pasado si hubiera dado media vuelta? Hay varias posibilidades, que a su vez despliegan racimos de otras posibilidades, y estoy seguro de que estas se acaban en algún sitio, pero yo no lo veré nunca.

Siento y recuerdo los brazos de mi padre por debajo de mí cuando yo volvía a casa del hospital. No es lo bastante fuerte para hacer esto, pero se obliga a hacerlo; yo soy una carga pesada y me siento a salvo en sus brazos, pero estoy perdido y todo el tiempo necesito estar apuntando el muro que contiene mis emociones, o bien sentiré algo demasiado fuerte para contenerlo. Veo la pintura, esos cazadores del Oeste al atardecer, y me sorprenden un poco, y siento que se me detiene la respiración en el pecho cuando mi vista alcanza el cuarto de baño; a continuación arqueo la cabeza un poco hacia la derecha, en

dirección a la habitación de mis padres, que desaparece de la vista cuando mi padre empuja la base de la puerta de mi dormitorio con el pie y luego gira abruptamente sobre sus talones para que quepamos los dos por el marco. Me deposita sobre mi cama nueva, la de la tienda de suministros hospitalarios que hay en White, y yo siento el calor del colchón de espuma con forma de huevera que hay bajo la sábana. Mi padre me agarra la mano con fuerza, tal como recuerdo que hacía cuando yo era muy pequeño. Nos miramos el uno al otro. Trabajo en equipo. Esto pasa varias veces al día, o bien es una sola cosa que siempre está pasando en alguna parte, una corriente en la que puedo zambullirme cuando necesito recordar algo.

Una vez vi a un niño que estaba jugando en esa rueda grande de metal hecha de tubos soldados: el tiovivo. Los tiovivos de la feria son para bebés, pero los que hay en los parques infantiles te pueden lanzar por los aires a gran velocidad; tienen que rodearlos de virutas para parar las caídas, por si acaso. Y eso mismo pasó dos veces mientras yo estaba mirando: el niño se puso a hacer girar la rueda cada vez más deprisa, saltó sobre ella, intentó llegar a cuatro patas hasta el centro inmóvil, perdió el equilibrio y terminó volando por los aires y dándose un buen trompazo. Se quedó allí tumbado, riendo y mareado, y luego la escena entera se reinició.

Tras desaparecer el último pez del jardín de mis abuelos, se hicieron rellenar el estanque con virutas de cedro. Yo solía jugar allí de pequeño. Estaba medio escondido entre la casa y el garaje, en un espacio demasiado pequeño para llamarlo patio: tres cipreses, un puñado de rocas desperdigadas y el antiguo estanque. Recuerdo la transformación del agua en madera, el cambio de tono: así era cómo yo

había terminado evocando el lugar. En tiempos yo me pasaba eternidades enteras allí.

El día en que vaciaron el estanque yo terminé de cenar y salí a jugar solo al jardín de detrás. Para mí aquello había sido un claro del bosque a orillas de un lago, un escenario mágico de hechiceros y caballeros andantes. Sin el agua seguía habiendo magia, pero ahora era una magia distinta. Yo la sentía. Cerré los ojos.

Al abrirlos, noté que mi mente obraba una serie de transformaciones. El lugar ya no era un lago, sino el fondo de una cueva. Ya no había árboles, sino antorchas que ardían con luz mística. Tras ellas, la pared trasera de una cueva. Delante de ellas, yo, entronizado, en mi regio asiento tallado en la roca vetusta, inamovible, imperioso.

En realidad el trono era una roca solitaria que había traído la misma cuadrilla de trabajadores que había rellenado el estanque. Bajo mi pequeño cuerpo, sin embargo, yo sentí que le crecían unos brazos intrincadamente decorados con zarpas en las puntas y un respaldo en forma de celosía enjorada que se elevaba un metro o dos por encima de mi cabeza. Tras su transformación, el trono lucía cuatro patas cortas y robustas rematadas por orbes resplandecientes que se apoyaban con fuerza en la tierra de abajo. Asumí el control del lugar, de la escena: la hice mía. Por la cueva viajaban ecos de gruñidos. Una alfombra de frágiles huesos se quebraba ahora bajo las rodillas de los súbditos a los que yo veía acercarse a cuatro patas. Hacía unos meses que nos habíamos mudado de San José a Montclair; la mudanza no me había sentado nada bien, me estaba costando bastante hacer nuevos amigos. Me había vuelto propenso a las pesadillas.

Vi pellejos de animales correteando por el suelo de la cueva y una nubecilla de polvo de cráneo. Todo el mundo

que estuviera en mi órbita iba tener un día terrible: lo había decretado el árbitro de los días. Desde mi atalaya cada vez más inverosímil, eché un vistazo a los cielos oscuros que había en las alturas, más allá del techo imaginario de mi cueva, y me puse a imitar los gestos de un hombre a quien le cuesta decidir qué quiere comer. A continuación devolví la mirada al momento presente y hablé: «Soy el rey Conan», dije. «Tengo sed de sangre.»

El Conan del Jardín de Atrás, compuesto a base de tebeos entendidos a medias, se tomaba bastantes libertades con los detalles. El Conan que el mundo conocía no bebía sangre, no era implacable ni frío. En su versión original había vivido para seguir un código de honor guerrero: sus enemigos encontraban la muerte en su espada, y sus compañeros bárbaros compartían el botín con él, pero tanto unos como otros vivían según el código. Puede que fuera un código cruel, pero también justo y coherente: congruente. En cambio, cuando yo me convertía en Conan, todo era distinto: mi nuevo nacimiento me había dejado cicatrices. Yo gobernaba un reino en ruinas y humeante con letal puño de hierro. Era un lugar oscuro y sangriento. A nadie le gustaba vivir en él, ni siquiera a su rey. Su banda sonora se componía únicamente de gritos.

Pequeño para mi edad y con los pantalones que me seguían viniendo estrechos, sentado en mi trono sobre la roca solitaria junto al estanque vaciado y ahora relleno de virutas, contemplé las verdes hojas que caían flotando y busqué con la vista la lejanía. Llegaron unos hombres trayendo a prisioneros atados a pértigas de manos y tobillos, como si fueran cerdos en un banquete hawaiano. Estaban gritando en lenguas desconocidas. Forcejeando. Las llamas del brasero que yo tenía delante danzaban en todo su

esplendor. Los gritos de los condenados ascendían hacia las estrellas.

Yo era incapaz de concretar los pequeños detalles de la trama: qué habían hecho mal aquellos hombres y por qué tenían que morir. No importaba. Abrí la boca como si fuera un pájaro enorme. Yo descendía para impartir la muerte: a los culpables, a los inocentes y a todo el que pudiera alcanzar. A *vosotros* los que estáis ante mí, atrapados en esta cueva con el subsuelo de fuego. Desollados y asados y repartidos entre los sin nombre. Moriréis entre gritos y reducidos a humo. Perdidos en un reino encontrado por accidente y del que jamás se volvió a saber en este mundo. Devorados por guerreros olvidados en expediciones de pillaje olvidadas y ya perdidas para siempre.

Yo estaba dando de comer a las ardillas del parque cuando el recuerdo emergió, asomando por detrás de una especie de monumento interior inamovible que tengo dentro de mi cráneo y que es donde están todas las cosas antiguas. No conseguí ponerle una fecha exacta. Hacia el final de la primera época, entre las distintas mudanzas, con mi padre desempleado y tratando de salir adelante. El estanque de los peces relleno podría dar una pista, pero también podría haber sido trasplantado de otro escenario y pegado allí sin más. Aun así, la imagen cobró nitidez. La hiedra del jardín de atrás se convirtió en enredaderas selváticas. El suelo se cuarteó y se blanqueó. La superficie del cielo compuesto —Pismo, Montclair, San José, los lugares donde habíamos vivido y las transiciones perdidas— estaba agrietada como una vieja pintura en un museo abandonado. Y yo, en medio de todo, sobre un trono cuyas patas finalmente se solidificaron en forma de fémures humanos atados entre sí con gruesas sogas. Me pasé varios minutos intensamente concentrado en inten-

tar fijar la imagen, divisar pistas que me dieran una noción exacta de cuándo y dónde procedía, pero la imagen seguía borrosa. A veces tengo problemas para ver las cosas con claridad.

Por fin se me apareció delante el niño del tiovivo. Me había quedado distraído entre las ardillas y los recuerdos de infancia, y había terminado perdido en mis pensamientos. Pero cuando levanté la vista, allí estaba: debía de tener unos cinco años, o incluso menos. Antes se me daba bien calcular las cosas. Ahora ya no. Estaba sentado a mi lado, a cierta distancia de mí, y su mirada iba de mi cara a mi mano, que seguía tirando cacahuets de uno en uno a las ardillas y los azulejos. Por fin devolvió la mirada a mi cara y la dejó allí.

Se dedicó a mirarme desde abajo y en silencio total: yo también había sido niño y ahora me pareció reconocer la mirada de un niño que delibera consigo mismo. Cuando por fin habló, señaló en la misma dirección de su pregunta:

—¿Qué te has hecho en la cara?

Y bueno, se lo conté todo. Él se dedicó a escuchar mientras yo le contaba lo que había hecho, cuándo y cómo, y a asentir con la cabeza en los momentos oportunos de la historia. Y por supuesto, en cuanto terminé de explicárselo, me preguntó por qué, que siempre es una pregunta complicada para mí, porque la respuesta correcta es «no lo sé», que es algo que cuesta de decir cuando todas las cartas están sobre la mesa. Pero él me insistió:

—Sí que lo sabes —me dijo—. Lo sabes perfectamente.

Fue un momento sorprendente en medio de un día en el que yo había decidido no hacer apenas nada; había empezado a pensar que todo estaba hecho. Al entrar en el coche para ir al parque, me había dicho a mí mismo: te

has ganado un poco de tiempo para no hacer nada. Y sin embargo, allí estábamos. Pensé que las cosas siempre son más complicadas de lo que yo suelo creer y por fin le dije que tenía razón; que yo era el único que podía saber por qué había hecho lo que hice, y que no se me ocurría nadie más que pudiera ofrecer respuesta alguna. Aun así, seguía siendo cierto que yo no tenía ningún «porqué» que darle; simplemente no lo tenía. Había estado buscándolo y no lo había.

Vi que él se estrujaba las neuronas durante el minuto escaso de silencio que vino a continuación. Me pregunté si tal vez estaría descubriendo algo bastante difícil de entender: que la gente hace cosas sin razón alguna, que las cosas pasan sin más y que nadie sabe gran cosa.

—No te creo. No lo sabes —me dijo. Me miró fijamente—. Dices mentiras.

—¿Digo mentiras? —dije yo, sonriendo, aunque me siento feo cuando sonrío. Me da la sensación de que en una vida distinta se me habrían dado bien los niños.

Él asintió rotundamente con la cabeza.

—¡Sí!

Levanté las palmas de las manos, en los costados y a la altura de las caderas, sentado en lo que ya consideraba nuestro banco, y me encogí de hombros. Me imaginé cómo me vería alguien que nos estuviera mirando desde unos pasos de distancia, sentado al lado de aquel niño que me estaba señalando la cara, y también cómo nos vería un espectador distinto que estuviera más lejos. Alguien que estuviera esperando en el semáforo para cruzar la calle, por ejemplo. Me imaginé qué aspecto tendríamos en una filmación. O vistos desde el espacio. O en una foto Kodak. De todas esas formas.

Y me gustó lo que me imaginé cuando abarqué la

escena entera. Era una situación ridícula. Tenía cierto aire de inevitabilidad. Se me ensanchó la sonrisa mientras dejaba que la imagen creciera hasta ocupar todo el espacio interior de mi cabeza y me limité a permitir que pasara, pese a ser consciente de su aspecto espantoso. Ya era tarde para pararlo. Eché un vistazo a la familia del chaval, que le estaban haciendo señales para que volviera al redil, y sentí algo dentro, algo fino, pequeño y denso. Eché un vistazo al otro lado del parque. He llegado hasta aquí y aquí es donde estoy.

En el complejo de apartamentos, los jardineros de los sábados estaban terminando sus tareas. La hierba se veía tupida y limpia. Habían podado tanto el seto de gardenias que los tallos parecían huesos petrificados, manitas que surgían de la tierra.

Entré y maté el rato con el ordenador, intentando acabar algo en lo que había estado trabajando, un rincón de un desvío que no interesaba a casi nadie. La mayoría de fines de semana intentaba dejar de lado el trabajo, pero tampoco tenía otra cosa que hacer. A continuación comprobé mis cuentas bancarias, que es un hábito nervioso que tengo. No soy rico, ni siquiera demasiado acomodado, pero después de mi accidente mi abuela me abrió una cuenta de ahorros y se pasó diez años poniendo un poquito de dinero allí cada mes, hasta su muerte. Ahora esa cuenta sirve para tranquilizarme. Cada vez que empiezo a preocuparme por si no me llega con mis ahorros o con los pagos del seguro, miro lo que tengo en ella. Es como comprobar la cerradura de una puerta para asegurarse de que no va a entrar nadie malvado. A continuación puse música, música antigua, y sonó espantosa, y me encantó, me encantó completamente.

Más tarde vino la enfermera a domicilio para hacerme la irrigación de senos y yo le abrí la puerta. Era Vicky, a quien yo siempre llamo «Victoria», porque normalmente para cuando llega yo ya estoy tan necesitado de una enfermera que apenas puedo respirar. «¡Victoria!», digo en esas ocasiones, levantando mis débiles brazos como si fuera un campeón. Doy bastante risa cuando intento pronunciar las erres.

«Pues sí, Sean, ha llegado Victoria. Ya lo creo que ha llegado», me dijo hoy, tal como hace siempre, contestando a lo que le dicen como si fueran ideas que se le han ocurrido a ella, bajando de volumen sobre la marcha, con los pliegues del cuello temblándole un poco. Luego me miró con expresión calculadora. «Y también está aquí Sean. Está aquí Sean, ¿verdad? Como siempre. ¿Y cómo te va?»

Y yo empecé a decir «bien», y de hecho quería decir «bien», pero terminé diciendo que sentía que mi vida era como una botella enorme y llena a rebosar de una alegría casi indescriptible, tanta alegría que yo no sabía qué hacer con ella. Así fue cómo lo dije, con esas mismas palabras. «Siento que mi vida es como» y luego todo lo demás, en una sola exhalación. No soy una persona elocuente y me sorprendió oírme decir aquello, pero tampoco me sorprendió mucho, porque era exactamente lo que yo sentía en mi corazón. Lo había tenido justo bajo la superficie, esperando para salir. Era imposible contar mis alegrías. Había demasiadas. Así que Vicky me dijo que Jesucristo siempre ofrece un Camino —que es como he descubierto a lo largo de los años que suelen hablar las enfermeras a domicilio—, y yo le dije que sí, sí, sí, es verdad, ya lo creo que es verdad.